

LA VERDADERA HISTORIA DEL CAPITÁN GARFIO

P.D. BACCALARIO

Traducción de Elena Martínez

laGalerajoven

Primera edición: octubre de 2012
Primera edición en esta colección: junio 2014

Título original italiano: *La vera storia di capitán Uncino*

Texto: Pierdomenico Baccalario
Cubierta: Matteo Piana
Gráficos: Clara Battello
Adaptación de cubierta: Montse Estévez
Maquetación: Marquès, SL
Diseño de la colección: Mariano Rolando

Edición: David Sánchez Vaqué
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Todos los nombres y personajes que aparecen en este libro, copyright de Edizioni Piemme SpA, están bajo licencia de Atlantyca SpA en su versión original italiana. La traducción y/o adaptación son propiedad de Atlantyca SpA. Todos los derechos reservados.

© 2011 Edizioni Piemme SpA, Corso Como, 15 – 20154 Milán, Italia
© 2012 Elena Martínez, de la traducción
© 2014 La Galera SAU Editorial, de la edición en lengua castellana
Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A. – Via Leopardi 8, 20123 Milán (Italia)
foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla 95. 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Reinbook
Av. Barcelona, 260. Pol. Ind. El Pla
08750 Molins de Rei

Depósito legal: B-1.244-2014
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-5226-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

*La verdadera historia
del*





*Relato de la vida
y de las aventuras
del caballero inglés James Fry
pirata de las Indias e hijo secreto
de Su Majestad el Rey Jorge IV
más conocido como «capitán Garfio»
gracias a la obra del señor
James Matthew Barrie
compilado dos siglos más tarde
por el señor Pierdomenico Baccalario
tras un largo viaje
a la Isla Bonita de Taormina
y a la bonita Isla de Sicilia*



Señor, déjame ser una sombra en Tus manos.
Yo puedo ser un héroe o un demonio, un rey o un hombre cualquiera,
Un árbol, una planta, un animal...
Pero déjame ser una sombra en Tus manos.
Mi vida terrestre está llena de esfuerzo y de lucha,
Y me humillan mis numerosos enemigos.
Su escarnio es más rápido que las flechas aladas;
Sus palabras más cortantes que el kriss.
Pero mi lucha no ha acabado todavía
Y nunca acabará.

Noto Suroto, Cantos del teatro Wayang
(extraído de Frits A. Wagner, Indonesia)

Este libro es para Lù

Primera parte





odos los niños, excepto uno, nacen.

Y la que sigue es la historia de cómo ocurrió este extraño suceso.

Dicen que era un día absolutamente normal: una típica tarde inglesa.

Un cansado sol se arrastraba a duras penas por el cielo: aparecía y desaparecía como una moneda de estaño y, de vez en cuando, iluminaba los muros del castillo de Windsor. La residencia del rey parecía un cúmulo de ruinas.

Sus murallas almenadas y la gran torre en la cima de la colina estaban cubiertas desde hacía meses por los andamios, como las vendas de una momia envuelven a un faraón: centenares de pasarelas y de escalas, de poleas y de cuerdas tendidas. Y luego montones de piedras partidas, vigas y viguetas, cuñas y clavos de hierro; los proyectos de los arquitectos abandonados en las mesas se movían despacio, desplazados por la ligera brisa del atardecer.

Virutas de serrín, cal y limaduras de hierro se movían por el aire como enjambres de insectos.

Pero los patios estaban vacíos. Los andamiajes, silenciosos. Se esperaba algo que aún no había llegado.

En las caballerizas, algún caballo inquieto golpeaba el suelo con los cascos, otros relinchaban bajito, titubeantes, buscando respuestas. El mozo de cuadra les susurraba alguna palabra dulce mientras les acariciaba las crines. Pero también él escrutaba el exterior, donde el cielo se iba oscureciendo a toda velocidad, como si el sol se estuviera apresurando para despedirse de la escena.

Tras las ventanas de las habitaciones de la nobleza no se veía un alma. Los pesados cortinajes estaban echados, y los nudos de tela que los ceñían parecían cerrojos de una prisión.

Difícil imaginar a qué se debía todo aquel secretismo. Quizá los nobles no estaban interesados en saber qué era lo que ocurría en los patios. O quizá no querían que nadie les observara desde los patios.

Bajo los tejados del castillo, donde se respiraba un aire cargado de calor y del ronquido ahogado de la servidumbre, los únicos sonidos que podían oírse eran el chasquido rítmico de las cartas, el rumor de los billetes y el tintinar de las monedas en las improvisadas mesas de whist. Algunas veces, cuando desde abajo subía una orden, uno de los sirvientes dejaba su cama, se echaba rápidamente un poco de agua a la cara y desaparecía escaleras abajo, por los pasillos del castillo.

Sin decir una palabra.

En las cocinas bullían los preparativos de la cena. Rugían ya los

primeros fuegos, pero también su llama parecía perezosa. Sobre las largas mesas de madera, los cubiertos de plata acabados de limpiar eran introducidos uno a uno en los pequeños bolsillos de los largos paños de algodón que debían protegerlos. Los paños de algodón se enrollaban luego sobre sí mismos como las espiras de enormes serpientes. Y las serpientes se escondían en armarios colosales, con cerraduras inviolables.

Y todo ello sucedía en aquel insólito silencio.

Era como si cada persona del castillo estuviera ahogándose en un mar de pensamientos. Un mar tan denso que ni siquiera el sonido de las campanas lograba disipar.

Con el tañido de las nueve y cuarto de aquel día aparentemente tan normal se levantó un viento inesperado. Por la zona de Windsor lo llamaban el «corro del mar». Subió hasta el castillo, sacudió los andamios y batió los portones de las caballerizas; las vidrieras sopladas a mano de las estancias nobles vibraron y las vigas del techo crujieron amenazadoras.

Un largo sonido quejumbroso serpenteó por los pasillos de Windsor, haciendo palidecer el fuego de las cocinas.

Los viejos muros contuvieron la respiración.

Todas las personas que se encontraban en el castillo dejaron de hacer por un instante aquello que estaban haciendo.

A girar, dijo el mar. Y en aquel preciso momento se oyó el llanto de un niño.

Era el 28 de abril de 1829.

Y apenas hubo sucedido todo aquello que ha sido contado, el viento desapareció para volver al lugar invisible donde reposaba.



1

La habitación estaba oscura, como se había convenido, y tenía al menos cuatro salidas diferentes.

El más joven de los conjurados fue el último en llegar, después de haber subido a la carrera todas las escaleras del castillo. Apenas se introdujo en la oscuridad de aquel lugar tan reservado que ni siquiera conocía el señor Wyattville, el arquitecto del rey, percibió el olor dulzón del incienso.

Y eso le sorprendió.

Los otros conjurados hicieron crujir sus elegantes vestiduras y las armas de ordenanza que llevaban en el cinturón.

El primero de ellos preguntó:

—¿Entonces, ha ocurrido?

El más joven de los conjurados se limpió las manos en la bata de médico manchada de sangre y aguzó la mirada para tratar de distinguir cuántas personas más se habían dado cita allá abajo.

Pero vio solo destellos de medallas y de escarapelas, un puntiagudo sombrero de marina, una bota brillante y cinco perfiles engullidos por el negro color petróleo.

Se aclaró la garganta para poder responder.

—Ha nacido, sus señorías. Y es un varón.



—¡Un varón! —exclamó uno de los conjurados con un marcado acento alemán—. ¡Parece casi una maldición!

La tensión empezaba a caldear el ambiente. No era la primera vez que una sospecha de ese tipo revoloteaba por las habitaciones del castillo. Una maldición, se decía ya desde hacía años, había caído sobre la familia real.

Pero el joven doctor continuó:

—Un hermoso varón de ocho libras, para ser más exactos. Y por cómo ha gritado apenas ha llegado al mundo, señores, parece que goza de muy buena salud.

—¿Y la madre, doctor? —preguntó con un susurro el hombre que había hablado en primer lugar.

Al sentirse citado, el más joven de los conjurados se puso tenso. No le gustó saber que ahora los otros conocían su identidad, mientras que él, de ellos, no veía más que formas indeterminadas vibrando en la sombra. De todos modos, decidió proseguir:

—La madre ha sobrevivido al parto, y está despierta y consciente. Es una mujer fuerte y robusta, y también ella, lamento decíroslo, parece estar en perfecto estado de salud. Como si no hubiera ocurrido nada.

—¡Esta es la peor de las desgracias! —exclamó el alemán.

Y a él se añadió una voz que aún no se había pronunciado:

—¡No solo tenemos un mocoso ilegítimo, sino también una madre impresentable!

—Ilegítimo, ciertamente, Sir Robert... —replicó la voz que



había dirigido desde el principio la conversación, una voz que poco a poco el doctor empezó a enfocar, a medida que sus ojos se iban adaptando, lentamente, a la oscuridad de aquel lugar subterráneo—. Ilegítimo, pero también el primer y único hijo varón del rey de Inglaterra. El único heredero que podría sobrevivirle.

Pensando en quién podía ser «Sir Robert», al doctor le vino a la cabeza Robert Peel, secretario de estado del rey, y por primera vez empezó a pensar que el complot al que había sido invitado podía ser mucho más peligroso de lo que había imaginado.

En la habitación sin luces se produjo un largo momento de silencio, interrumpido justamente por la voz de aquel misterioso Sir Robert.

—También el sobrino del rey, el hijo de la pobre Carlota, ha nacido muerto. No hay otros herederos. Y la edad de nuestro soberano no invita a pensar que las cosas puedan cambiar.

—No es su edad lo que nos asusta... —intervino, con un tono de voz grave y cargado de autoridad, un hombre que aún no había hablado —, sino la enfermedad que le affige y que le obliga a no salir nunca de sus habitaciones, con tal de huir de la luz del sol.

La voz que el doctor pensaba haber reconocido interrumpió a ambos.

—Nuestro rey lleva una vida insensata. ¡Está rodeado de una corte de ineptos! ¡No ejerce la política desde hace años y emplea todo su tiempo en inútiles recepciones, entre damas, artistas y gandules! El pueblo quiere un rey... y nuestro rey, sin embargo,



fingiendo ser un perfecto caballero, rehúye sus obligaciones.

El doctor dio un paso atrás en la habitación, sobrecogido por la fuerza de aquellas afirmaciones. ¿Quién podía ser tan osado, loco o temerario para hablar de aquella manera del rey Jorge IV del Reino Unido, duque de Cornualles y príncipe de Gales? ¿Del legítimo rey de Inglaterra?

—¿Qué proponéis, entonces, ahora que el niño ha nacido? —preguntó Sir Robert.

—Conocéis la posición de Eton —intervino el hombre de la voz cargada de autoridad.

Aquel que poco antes había imprecado contra el rey estalló en una sorda carcajada.

—¡Pues claro que conocemos la posición de la escuela! Pero en esta apurada situación, francamente, no es posible pensar en actuar de otra manera que no sea la que hemos acordado.

—Podría ser un error que se pagaría caro, mi príncipe —le reprochó el hombre de Eton—. La sangre llama a la sangre.

«¿Mi príncipe?», se preguntó el doctor, con la boca repentinamente seca. ¿Y de qué sangre hablaban?

—Nada como el error de reconocer al niño. O, peor aún, dotar de respetabilidad a su miserable madre. ¿Tiene nombre?

La pregunta revoloteó en el aire deteniéndose al fin en el joven doctor.

—El niño no, señor —respondió este—. Todavía no tiene nombre.



—¿Y la madre? —gruñó el príncipe.

—May —respondió el doctor tambaleándose en la oscuridad a la búsqueda de una pared en la que apoyarse—. Se llama May, señorías.

—Muy bien, doctor —le apremió el príncipe. Se movió en la oscuridad haciendo resonar sus botas en la piedra húmeda y el blasón de su traje brilló como el ala de un cuervo—. Entonces, vos y yo tenemos que ir a ver a mi hermano el rey para darle la noticia de que la pobre May no ha sobrevivido, y que el niño ha nacido muerto.

—Pero príncipe... ¡eso es cruel! —le reprochó la voz de uno de los otros conjurados.

—¿Queréis acaso un bastardo en el trono de Inglaterra? —rugió el príncipe Guillermo, deteniéndose a pocos pasos del joven doctor, que ahora podía verle claramente el rostro.

Nadie se atrevió a responderle.

—¿Vendréis conmigo a darle la noticia? —insistió el príncipe.

No era una pregunta a la que se pudiera responder con libertad.

El doctor asintió, lentamente. El hombre que tenía frente a sí era aquel que, en caso de que no hubiera otros herederos, pronto se convertiría en rey.

—¿Qué queréis que se haga con la madre y con el niño? —preguntó detrás de él Sir Robert, antes de que abandonaran la habitación del subterráneo.

—El mar es el esposo de Inglaterra... —respondió el príncipe—. Dejad que se ocupe también de este secreto.





2

El joven doctor caminaba tras el príncipe Guillermo, que ya no era precisamente joven.

Caminaba y se mordía el labio, incapaz de tomar una decisión digna de tal nombre. Tenía ya clara la entidad del complot en el que había participado: el verdadero objetivo de los conjurados no era la salud de una madre que acababa de dar a luz a un niño, sino la Corona.

La Corona del imperio más grande del mundo.

Incapaz de pensar y sobrecogido por los estremecimientos de una tensión creciente, el médico se limitaba a caminar, tropezando detrás del príncipe. Y mientras tanto, mil preguntas acudían a su mente.

¿Con quién había hablado en la habitación secreta de Windsor? El hermano del rey, que ahora caminaba unos pasos por delante de él. Y luego, aquella voz autoritaria de Eton. Eton, la mejor escuela del reino, donde se formaban los mejores hombres de estado de Inglaterra. ¿A quién pertenecía esa voz? ¿Y por qué no había sido escuchada?

Estaba Sir Robert. Sir Robert, claro. Podía ser Robert Peel, el secretario de estado. Pero Peel no era Sir. Era simplemente el señor Peel, aquel que acababa de instituir la policía ciudadana



inglesa: los «bobbies», como les llamaban en las calles, deformando su nombre. Robert Bobby. No Sir Robert.

¿Y los otros?

El joven doctor había oído hablar a uno de ellos con un marcado acento alemán. Sabía que parte del Reino Unido se extendía sobre el continente, por una región llamada Hannover, en tierras germanas. ¿Era quizá de aquellos brezales salvajes de donde procedía el último conspirador? ¿Y estaba allí, en secreto, para obtener algo?

El médico continuó repitiéndose estas preguntas, mientras seguía al príncipe hacia los aposentos reales. Sentía cómo la atmósfera se hacía cada vez más densa y supo que estaba entrando hasta el fondo en una trampa preparada a propósito para él.

—Déjese la bata puesta, doctor... —le ordenó el príncipe a mitad del recorrido—. Si mi hermano debe creer que ambos han muerto... conviene que vea su sangre.

El joven obedeció. Subió en silencio a la planta noble, donde había un cierto aroma de cera. Las telas de las paredes parecían enmohecidas por haber pasado mucho tiempo sin renovarse el aire, y las alfombras de las salas estaban impregnadas del olor de la comida que allí se había consumido.

El fino olfato del doctor reconoció muchas y diferentes especies, pero también tinturas alcohólicas, estofados, repollos hervidos. Nada agradable.

Era un aire que rezumaba enfermedad.

Mientras recorrían a paso ligero aquellos lugares que el doctor

solo había imaginado, el joven conjurado mantenía la mirada baja, en un intento de pasar desapercibido. En realidad, la guardia del rey ni siquiera notó su presencia: el hermano del rey habría podido ir acompañado del almirante Nelson en persona sin que nadie se percatara de su paso.

Al entrar en los aposentos reales, fueron recibidos por un gruñido sordo que les aconsejó mantenerse junto a la puerta.

—Ah, hermano. Eres tú. Ven, ven. No te esperaba... —murmuró el rey Jorge, escondido tras el baldaquín de su gran lecho—. ¡Roy! ¡Markus! ¡Sentaos!

La pareja de enormes lebreles de pelo rojizo se tumbó en la alfombra, cerrando sus grandes ojos amarillos. Volvieron a roer lentamente unos largos huesos de ciervo.

El rey salió a su encuentro. Llevaba una larga bata abierta y sostenía un cáliz de plata parecido a un tulipán.

—¿A qué debo esta inesperada visita? —preguntó.

Tenía el rostro pálido como el de una estatua.

Se acercó al escritorio sin esperar una respuesta y apartó la pesada silla de madera para dejar espacio al hermano.

—¡Ven a ver esta nueva maravilla! —exclamó—. Mira qué esplendor: es un prototipo llamado Tourbillon que nos acaba de enviar nuestro amigo relojero...

El rey apoyó sobre el escritorio el cáliz de plata y en su lugar cogió un cronógrafo mecánico de elegante caja de oro.

—Siéntate junto a mí, queridísimo mío, y observa las maravillas



del tiempo. Solo tengo que encontrar la llave para darle cuerda... y te asombrarás de la precisión de sus engranajes... —el rey empezó a apartar los diferentes folios y pergaminos que ocupaban el escritorio— esa llave... ¿dónde la habré puesto? Mira, hermano, me dicen que es el fruto de una concepción revolucionaria, basada en la fuerza misma de la gravedad...

—Majestad... —le interrumpió en ese punto el príncipe Guillermo.

El rey Jorge levantó la mirada sorprendido, y solo entonces pareció percatarse de la presencia del doctor.

Y de su bata.

—¿Y este? —preguntó, apoyando de nuevo el reloj en el escritorio—. ¿Quién es? ¿Qué habéis venido a hacer aquí?

—Dadle la noticia, doctor... —lo exhortó Guillermo.

Al final, la trampa había saltado. El príncipe Guillermo se las había ingeniado para que fuera el médico quien tuviera que mentir frente a su señor.

El doctor sintió que el nudo de una cuerda se estrechaba alrededor de su garganta.

—Majestad... —empezó. Y aunque estaba acostumbrado a mentir, la falacia que estaba a punto de pronunciar no tenía nada que ver con las mentiras normales de los jóvenes, ni con las propias de su profesión—. Me temo que debo daros una mala noticia...

Mientras hablaba, el joven doctor pensó que en la vida de cada uno de nosotros hay confines invisibles, superados los cuales, ya



no es posible volver atrás. Volvió a pensar en la habitación oscura, en los conjurados, en cómo se le había pedido formar parte de todo aquello. En lo que le habían prometido, por no traicionar su confianza. Y todo para llegar a aquel momento.

—Hace pocas horas, Majestad... la señorita May ha fallecido al dar a luz a su hijo.

Mentir al propio rey.

Hecho: el límite se había traspasado y, una vez al otro lado, todo aquello en lo que había creído hasta aquel día dejaba de tener importancia.

Vio cómo el rostro del rey se petrificaba, cómo su mano chocaba con el cáliz de plata y se vertía un río ámbar sobre el escritorio, mojando el cronógrafo y los documentos que estaban a su alrededor.

Luego, le oyó maldecir y sollozar desesperado.

—¿Y el niño? —preguntó el rey—. ¿Qué ha sido del niño?

—Era un varón, señor —respondió su hermano—. Pero tampoco él ha sobrevivido.

—¿No ha sobrevivido? —rugió el rey Jorge—. ¿Qué significa que no ha sobrevivido? ¿Qué le has hecho?

El joven médico dio un paso atrás. Los dos perros levantaron el hocico y enseñaron los largos dientes de marfil dirigiéndolos hacia su bata ensangrentada.

—Lo siento... —balbuceó—. No ha sido culpa mía...

—¿Lo sientes? ¿Y qué sabes tú lo que es sentirlo? Tú...



Vosotros... lo sentís, mientras que para mí significa una sola cosa: ¡que estoy maldito! ¡Que mi sangre está maldita!

Agarró el cronógrafo y lo lanzó contra la pared como un proyectil. El joven doctor lo oyó silbar al pasar junto a él casi rozándole y logró esquivarlo justo a tiempo.

—¡Ahora, marchaos! ¡Hermano, fuera de esta habitación! ¡¡¡Fuera!!! ¡Y lleváoslo todo! ¡Desapareced! —gritó el rey de Inglaterra, antes de caer hundido en su colosal silla.

El hermano del rey y el joven doctor ejecutaron sin pestañear aquello que se les pedía.

Cerraron la puerta a sus espaldas y volvieron a recorrer los pasillos desiertos sin hablar, acompañados solo por el taconeo de sus botas.

—Bien hecho —comentó simplemente el príncipe Guillermo.

El joven médico no replicó.

A través de las grandes ventanas vio un carruaje negro que se alejaba a toda velocidad del patio del Cuadrángulo.

—¿Qué será de la mujer —preguntó en una voz tan baja que no estaba seguro de haber hablado—, y qué será de mí?

El hermano del rey le tendió un pañuelo que envolvía algo pesado. Algo que había manchado la tela de rojo.

—Es hora de que todos nosotros nos olvidemos de su existencia —añadió el príncipe, mientras el joven doctor abría el envoltorio que contenía su primera recompensa.



Era el cronógrafo de oro arrojado por el rey en medio de la habitación.

Millares de minúsculos mecanismos llamados Tourbillon, una palabra francesa que significa «vórtice», que parecían insectos de oro.

El doctor fijó en él su mirada, vagamente fascinado.

Los mecanismos no se movían. El complot, sin embargo, había empezado a mover sus propios engranajes.

El carruaje negro se alejaba rápidamente del castillo de Windsor.

El rey le creía culpable de la muerte de su primogénito.

Y aquel reloj de oro, envuelto en un pañuelo enrojecido por el vino, evocaba cruelmente el paso del tiempo.

Debo escapar de aquí antes de que sea demasiado tarde, se dijo el joven doctor.

Pero, al observar la dura mirada del príncipe Guillermo, no estuvo del todo seguro de poder lograrlo.





3

Tendida sobre los rígidos asientos del carruaje negro, May apretaba los dientes.

Apretaba los dientes y rezaba para que todo saliera bien, aunque nunca había sido muy buena rezando y aunque prácticamente nada le había salido bien en su vida. La suya era una historia muy fácil de contar: una larga secuencia de pobreza y miedo de la que ni siquiera su hermosa carita, hasta aquel momento, la había salvado.

May había sido una chica de belleza deslumbrante. Como las hadas de los cuentos, su sonrisa esparcía polvo de estrellas a su alrededor e iluminaba incluso los bosques más profundos.

Pero no aquella noche.

Estaba todo oscuro.

Como si hubieran apagado el cielo.

Con un poco más de luz habría comprendido mejor qué era lo que estaba ocurriendo. El carruaje corría a lo largo de un camino lleno de agujeros. Junto a ella, la nodriza estrechaba en el regazo a su niño, que dormía como si no ocurriera nada. May apenas lograba distinguir la cara del pequeño. Habría querido cogerle entre sus brazos, pero no tenía fuerza: sentía el cuerpo vacío y dolorido. Le costaba trabajo mantener los ojos abiertos.



Pero, apenas los cerraba, las sacudidas del carruaje hacían que los abriese de par en par.

—Lo siento mucho, señora... —decía entonces la nodriza y le pasaba un paño mojado por la frente.

Su niño dormía tranquilo. Le habían lavado y arreglado como a un verdadero príncipe, antes de hacerles subir al coche.

¿Adónde iban, en plena noche?

May se encontraba demasiado trastornada para hacer conjeturas.

Y mientras la noche volaba, los caballos iban resollando por el camino y llenaban de espuma el bocado.

May no había recibido ninguna explicación. No sabía adónde se dirigían, ni por qué junto a ellas iba sentada una tercera persona. Un hombre que desde el principio del viaje no había dicho una sola palabra.

Un hombre malvado, que olía a muerte.

¿Adónde las llevaba?

May respiraba despacio, tratando de recuperar las fuerzas.

De repente, el carruaje se detuvo.

El cochero tiró bruscamente de las riendas y los caballos hicieron un quiebro y cocearon nerviosos. El hombre sentado junto a ellos se irguió en el asiento como si le hubieran dado un latigazo. Miró afuera, en la noche, y murmuró la primera palabra que May le oía pronunciar.

—No está aquí —dijo.

«¿No está aquí, el qué?» se preguntó May. «¿No está aquí, quién?»

Su niño se agitó en los brazos de la nodriza.

El hombre que olía a muerte abrió la portezuela y salió afuera.

May le oyó preguntar:

—¿Qué ocurre?

En la oscuridad de la noche, de repente, se vieron avanzar unas antorchas crepitantes que se colocaron en torno al carruaje. El niño se agitó aún más y May hizo un esfuerzo para mirarlo, pero su cuerpo no le permitió darse la vuelta.

Sus huesos eran espinas dolorosas. Y la cabeza le retumbaba.

—Ay, Dios mío... —murmuró en voz baja la nodriza, mirando hacia afuera.

May, preocupada, le preguntó qué era lo que estaba ocurriendo.

—Hay hombres armados, señora... —susurró la nodriza— que están discutiendo...

Hombres armados, pensó May.

Hombres armados, ¿por ella y por su niño?

—¡Estos no eran los planes! —exclamó el hombre que viajaba con ellas.

—Los planes han cambiado —respondió otro. Alguien que tenía una voz baja y sabia. Alguien que tenía mucho más poder que él.

—¿Cómo puedo estar seguro de que han cambiado?

—En calidad de único rector de Eton —respondió la voz más

autorizada— no estoy acostumbrado a tener que justificar lo que digo. Apartaos y todo irá bien.

«Todo irá bien» pensó May, con cansancio, sentada dentro del carruaje.

«Claro que irá bien».

Buscó a su niño con la mirada y le acarició lentamente. Cerró los ojos y los volvió a abrir cuando el carruaje se puso de nuevo en marcha.

Pero algo había cambiado.

Había un olor diferente en el aire.

Había... alguien diferente.

—Estad tranquila, Madame —dijo el rector de Eton, sentado donde poco antes estaba el hombre que olía a muerte—. Ahora ya nadie os hará daño, ni se lo hará a vuestro hijo.

A May le costaba trabajo comprender. Pero el rector de Eton la había llamado Madame. Nadie la había llamado nunca Madame, antes de aquel momento.

Sonrió. Le dio las gracias. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Pues claro, pensó confusamente, entrando y saliendo de sus sueños. ¿Por qué razón alguien querría hacerle daño?

Su hijo era hijo del rey. Y ella... ella era...

Ella era May.

No era nadie.

Era una mujer sin nombre y sin pasado, que había dado a luz a un niño sin nombre y sin futuro.